

cosa; pero al tocarle ha caído en témpanos; desplomándose sobre los que derribaban; como si la momia, conservando más allá de la vida una intención siniestra, al desaparecer para siempre, intentara matar aún por última vez.

Medio pueblo ha desfilado ante los escombros, y no ha faltado algo de murmuración. Era injusta. Aquí, donde mueres los hombres y sus más bellas obras ¿qué privilegio de vida perdurable pretendía el Arco de Guerra? Se hundía; no era un objeto artístico que mereciera restaurarse; era, a lo más, un recuerdo y para los recuerdos no hay restauración.

Era el testimonio, aún en pie, de hechos sangrientos. Y por si estos merecen memoria duradera, aún subsisten las jambas embebidas en las murallas laterales; sus cimientos están allí, sosteniendo una sombra y una ilusión; sobre la cabeza del que pasa sale del muro un prisma taladrado que sirvió para sujetar la férrea poterna; su nombre durará largo tiempo todavía: el documento no ha perecido.

Documento no de las glorias de la Edad Media, sino de sus injusticias: de la crueldad y la codicia de los grandes, de la codicia del pueblo. Yo quisiera que la razón se impusiera en este caso, destruyendo preocupaciones. ¡Cuántas cosas que valen más mueren y no llora nadie! Si nos fuera dado levantar del polvo de las iglesias de Atienza donde yacen, a las mujeres, los ancianos y los niños de aquella guerrera generación, devolverles la vida y hacerles hablar ¡qué nos dirían de aquellos magníficos varones Juanes, Alvaros o Rodrigos, cruelmente empeñados en el ataque o en la defensa; qué de la embriaguez de la victoria, que les arrasó sus viviendas; qué de aquél arco donde cayeron sus padres y sus hijos, y por donde, pisando muertos y moribundos, tuvieron que hacer su entrada triunfal los vencedores.

Sobre las ruinas, la fantasía desenvuelve ideas de intraducible ironía.

¿Qué son ya aquellos restos? Piedras como cualesquiera piedras; dovelas como las de cualquier arco apuntado, roídas y deformadas por los años. En su edad viril protegieron a la muerte; en su decrepitud amenazaban; hoy... hoy ruedan a puntapiés de los chicos que pasan.

¿Quién cortaría y quien sentaría aquellas piedras? Salieron de las rocas de las inmediaciones, y esas rocas subsistirán todavía, porque ¿qué son quinientos o qué son mil años en la historia de un planeta? Sirvió el arco de defensa contra los enemigos, ¿qué enemigos? Todos los contemporáneos sin distinción de raza, de nacionalidad, de religión, de familia; que todos eran, por turno, enemigos de un pueblo de la Edad Media. Y ¿Quién al construir podía imaginar que nombres futuros iban a unir su fama ante hechos que se realizaran ante aquella puerta sin acabar? Pues nombres y hechos son hoy antiguos: la fábrica sola se tenía porque los muros duran más que los hombres.

La imaginación enlaza los cascotes de hoy con los materiales de ayer; y los hechos intermedios, victorias y derrotas, quedan encerrados entre dos edades, que se acercan, adelgazados, como cogidos entre las dos planchas de un laminador; y puede verse cuan pequeños son esos hechos y esos nombres, cuan poco pesar merece el que, Comcel Arco de Guerra, caiga todo lo que aisladamente no ha servido para dar un descubrimiento a la ciencia, ni un solo paso por la senda del arte o de la civilización.

El Arco de Guerra ha debido caer además porque estorbaba; una carretera va a pasar por el lugar que aquél ocupó; ¡entre el que quiera! El genio de la guerra retrocede ante el genio del progreso. ¡No hay enemigos en el siglo XX!

La Edad Media que santificaba e idealizaba la guerra, pasó, y afortunadamente, para no volver. Ayer mañana dos obreros asestaban enérgicamente sus picos; el arco se bamboleaba en medio de una nube de polvo. Eran dos hombres de nuestro siglo, y pulverizaban lo que ya no sirve, descargando rudos golpes sobre unos cuantos huesos pelados del esqueleto inmundo del pasado despotismo.

Atienza, 10 de junio de 1900.

Atienza Ilustrada, 1900.

(Foto : El Arco de Guerra antes de la demolición. Foto: Isabel Muñoz Caravaca en Atienza Ilustrada.).